

La epidemia cultural

Toño Olais Coronado



Image not found.

Capítulo 1

I.- Mujer rencorosa

Desde la vergonzosa mañana en que su mujer se le insinuó con ponerle el cuerno de chivo, lo peor que se le había dicho del señor Adal Bustamante -un hombre, callejero y mujeriego- era que dejó de ahogarse en cerveza.

Antes de su discusión, Adal Bustamante venía pisteanado como un campeón en San Pepe, su pueblo natal. El sábado a la noche asistió al casamiento de un conocido venidero y al retirarse de la fiesta, ya en la madrugada del domingo, el vehículo donde viajaba, y que era manejado por su compadre Omar, fue parado en el table dance: Los Angeles.

Hasta la molesta luz de la mañana.

El hecho de que tal acotencimiento no ocurriera durante la década de su matrimonio fue más una costión de intereses económicos que otra cosa. Es hasta las fiestas de diciembre cuando las cosas comienzan a calentarse en el echo nupcial.

Siempre que Casandra, la esposa de este, tenía algo importante que decirle, llegaba con uno de los trapeadores de diesel, como sí su marido roncando le prestara credibilidad e importancia adicionales; el estridente trapiador de Casandra siguió su velóz marcha por aquella cama tentadora y por los largos en tornos de madera en los que Adal Bustamante dormía en posición de estrella. En los que Adal roncaba y pitaba. Los ronquidos parecían indicar una sola razón. El olor era insorpotable. El olor parecía venir como aspiradora, unas veces pitidos y otras a hedor crudo, pero siempre presente. Luego, en algunos golpes al norte de la cabecera, el marido fue despertado al franco izquierdo mientras el trapeador de Casandra seguía en línea recta y mientras, el corajudo de Adal -aturdido, crudo y envuelto en su sabana- escuchaba los molestos golpes del trapiador en la cama donde él había estado roncando, abrió por un golpe sus ojos como un lente por la boca de un telescopio y se levantó de un saltó. Pero Casandra había estado esperandole, y le dijo a su marido con un rencor virulento, que le diera quince pesos para comprar de tortillas, pero Adal lo había gastado anoche en bailarinas exóticas quienes bajaron sus puentes levadisos, con un baño de jacuzzi.

-¿Quince pesos? -murmuró, hizo una pausa y declaró- No tengo ni para comprar huevos. Eso también lo exajero y se hizo el enojado.

Cuando casandra lo oyó confesar, su presentimiento fue terminante, supo de inmediato porque había madrugado. En la habitación no se atrevían a mirarse a la cara. Pero después de una pausa estando Adal casi podrido

por la cruda, ella fijó sus ojos en los de él y le dijo <<No tienes remedio.>> Adal le ignoraba. Se prevenía contra las discusiones casuales. Procuraba huir de Casandra, de inmediato. Le indignó la condición que marcó su vida el día en que su mujer le preguntó hasta cuándo pensaba dejar de tomar cerveza en fines de semana, porque interpretó la pregunta como una ilusión a su ruina financiera. Cuando él estaba por echar a correr, ella pasó al reten en su dormitorio, pero durante tantas veces eludió sus retenciones pacíficas en la recámara principal, que descuido esa preocupación. Hacía tanto tiempo que Casandra, maltratada, emergió una ira suprimida. Entonces, en vez de fuerza bruta, en vez de regañinas como lo había previsto, se dejó saturar por una suave sensación de venganza. Lo sintió realizarse en su más íntimo pensamiento, como lo había echo cuando era puberta, como lo había echo desde siempre, y no pudo reprimir el sudor helado y el mordisqueo de los labios cuando él estaba plenamente de espaldas. <<Vete -murmuro, hirviendo de coraje.- Vete o llamo a la policía para que ellos te lleven a la calle?>> pero Adal Bustamante no sabía entonces lo que tenía que decir, porque ya no era un hombre pleno por la familia sino un hombre de absoluta inutilidad. Desde aquella vergonzosa mañana se reiniciaron las escandalosas batallas que se prolongaron hasta el medio sol.

-Soy tu esposa -gritaba Casandra, insinuándole.- Pero no estoy tapada.